

CAMISAS DE FUERZA: FASCISMO Y PARAMILITARIZACIÓN

Eduardo González Calleja

«El fascismo gobierna con la fuerza de sus camisas —las 300.000 *camisas de fuerza*—, y cuando se le pregunta por su principio de derecho, señala sus escuadras de combatientes [...] Ahora se comprende el papel singularísimo que representa la violencia fascista y que la diferencia de las demás. En el fascismo, la violencia no se usa para afirmar e imponer un derecho, sino que llena el hueco, sustituye la ausencia de toda legitimidad»¹

En España, como en otros países de nuestro entorno, la presencia en la vida política de grupos civiles armados no era en los años treinta un fenómeno nuevo. En la crisis de la Restauración, las rancias manifestaciones decimonónicas (el militarismo carlista, la milicia nacional o el Somatén) se fueron metamorfoseando o dejaron paso a nuevas formas de movilización callejera de los grupos conservadores.

El rápido desmoronamiento del edificio restauracionista sorprendió a unas clases conservadoras acostumbradas a disfrutar de la protección dispensada por el Ejército y las fuerzas de orden público. Colocadas éstas instituciones al margen del debate político en las postrimerías de 1930, cundió entre los sectores de orden una psicosis de indefensión que trató de ser paliada mediante la aparición de grupúsculos monárquicos de talante violento, el más conocido de los cuales fue el Partido Nacionalista Español. A la actividad de este PNE, siguió luego la de otros grupos cuyo denominador común fue su referencia, en uno u otro grado, al Fascismo, presente en otros muchos lugares de Europa. El precedente del partido fundado por el Dr. Albiñana merece un comentario previo.

¹ José ORTEGA Y GASSET. «Sobre el fascismo. *sine ira et studio*» (11-1925), *Obras Completas*, Madrid, Revista de Occidente, 1966-1969, vol. II, p. 502. El subrayado de «camisas de fuerza» es nuestro.

Precursores y falsos profetas

La actividad desplegada por el PNE y su extravagante líder, el doctor José M.^a Albiñana, durante la crisis de los años 1930-31 imponen una revisión de su papel en las formulaciones iniciales de una derecha antiparlamentaria y fascistizante vinculada a una praxis política violenta². El período que media entre la creación del PNE en abril de 1930 y su primera gran crisis interna motivada por la proclamación de la República se caracteriza por la lenta conformación de un acervo ideológico monárquico autoritario situado a medio camino entre el tradicionalismo histórico centrado en la confesionalidad católica del Estado, la recusación del sistema liberal-parlamentario en pro de una «dictadura honrada» o del fortalecimiento de las prerrogativas regias y la enemiga a las doctrinas extranjerizantes: marxismo, separatismo, masonería, etc. Su filofascismo oscilaba entre la admiración a la dictadura de Mussolini por su carácter contrarrevolucionario y su prevención ante el carácter popular, anárquico y subversivo que adoptó en su origen el movimiento escuadrista. Tampoco hay que desdeñar el influjo de la extrema derecha francesa en la adopción de un nacionalismo xenófobo y excluyente de raíz barresiana, un antisemitismo inspirado en Déroulède y los *Protocolos de los Sabios de Sión* y un activismo contrarrevolucionario agresivo, juvenil y violento que quiso asemejarse al ejercido por los *Camelots du Roi*.

Los «Legionarios de España» —nombre probablemente inspirado en la propuesta paramilitar de *La Acción* de fines de 1922— fueron un pálido remedo de milicia uniformada, cuya actuación se acercó más a la tradicional «partida de la porra» que a las «ligas patrióticas» francesas o los «fasci» italianos³. Aunque, para su creador, los «legionarios» fueran los «centinelas permanentes de la seguridad patria, actuando in-

² Sobre el PNE y su líder, ver las apocalípticas obras de José M.^a ALBIÑANA SANZ, *Después de la Dictadura. Los cuervos sobre la tumba*, Madrid, Compañía Iberoamericana de Publicaciones, 1930; *Prisionero de la República*, Madrid, Impta. El Financiero, 1932; *España bajo la dictadura republicana (Crónica de un periodo putrefacto)*, Madrid, Impta. El Financiero, 1932; *Confinado en las Hurdes (Una víctima de la inquisición republicana)*, Madrid, Impta. El Financiero, 1933. También las publicaciones afines *La Legión y Renacer*. El análisis más reciente de la trayectoria política de Albiñana se debe a Julio GIL PECHARROMAN, *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Madrid, EUDEMA, 1994, pp. 76-83, 105-107 y 155-159.

³ Un comentario sarcástico sobre la fundación del PNE, denunciado como una de las «partidas de la porra» que, como barómetro de una crisis de Estado, surgen al inicio y al fin de la Restauración: «Son los cadetes de la Gascuña...» (20-VIII-1930), en Rafael SÁNCHEZ GUERRA, *Dictadura, indiferencia, República*, Madrid, CIAP, 1931, pp. 127-131.

tensamente para que el país no se derrumbe» o «el voluntariado ciudadano con intervención directa, fulminante y expeditiva en todo acto atentatorio o depresivo para el prestigio de la Patria»⁴, nunca entró en los cálculos de Albiñana la creación de una fuerte milicia popular.

El PNE estaba nutrido por monárquicos intransigentes y nostálgicos de la Dictadura procedentes de todas las clases sociales, lo cual le acercaba tanto a la clientela-tipo de los movimientos fascistas como de los activistas de las «uniones cívicas» de posguerra. El sector más militante fue reclutado entre el lumpen urbano, movilizado precisamente en los prolegómenos de la coyuntura depresiva de los años treinta: vagabundos, delincuentes comunes, excombatientes del Tercio (donde se habían refugiado algunos pistoleros profesionales de la década anterior) y antiguos militantes *libreños* de Aragón y Cataluña, donde la «Peña Deportiva Ibérica» actuaba como filial oficiosa del albiñanismo.

Con todo, el PNE mantuvo contactos con ciertas instancias gubernamentales de marcado talante inmovilista, en especial las fuerzas de seguridad, que ya habían tenido algunos conflictos de competencia con *upetistas* y somatenistas, y veían con buenos ojos el establecimiento de un grupo represivo paralelo al oficial. Pero las necesidades materiales de la milicia albiñanista apenas fueron cubiertas en períodos muy puntuales por los grupos de la extrema derecha (en especial la Unión Monárquica Nacional) y por el «fondo de reptiles» de la Dirección General de Seguridad regentada por Mola.

La acción violenta desplegada por los «legionarios» fue espectacular pero en ningún momento decisiva. No superó el nivel de la algarada en mítines contrarios (como el presidido por el recién retornado Unamuno en el Cine Europa de Madrid el 4 de mayo de 1930) o en los propios, el acoso a organizaciones e instituciones revolucionarias (campaña contra el Ateneo en mayo de 1930; asalto a los talleres de la publicación izquierdista *Nosotros* el 18 de septiembre; choques con miembros de la FUE en las Universidades de Madrid y Valladolid, etc.), las agresiones o intimidaciones a personalidades de la izquierda, la divulgación de libelos contrarrevolucionarios y la intervención «cívica» de los «legionarios» para contrarrestar las huelgas generales de 16 de noviembre y 15 de diciembre de 1930. En suma, una actividad esporádica e inconexa que causó cierto revuelo propagandístico por lo novedoso, pero que no supuso un acicate para las conformación de un núcleo social conservador de resistencia armada a la ofensiva revolucionaria.

⁴ ALBIÑANA, *Después de la Dictadura...*, pp. 127-128 y 145.

Una vez proclamada la República, comenzó la conciencizada labor de desarticulación del PNE, hasta la disolución formal del partido poco tiempo después. El relanzamiento del PNE en febrero de 1932 le acercó cada vez más a la ultraderecha monárquica, con quien participó en la conspiración de agosto. Desterrado a Las Hurdes, Albiñana se incorporó demasiado tarde a la carrera por el liderazgo del fascismo hispano, y tras la aparición de Falange optó por reorientar a su partido en la dirección de un conservadurismo agrarista, ultracatólico y corporativo que no abandonó hasta su muerte violenta en la Cárcel Modelo en agosto de 1936. Confirmando su talante reaccionario, los militantes nacionalistas participaron activamente en las labores represivas de retaguardia (sobre todo en los alrededores de Burgos)⁵, e integraron sus milicias en el Requeté cuando la Junta Suprema ordenó la disolución del partido en el seno de la Comunión Tradicionalista el 8 de enero de 1937⁶.

Los primeros pasos del fascismo español

Vinculado en sus orígenes a los entornos intelectuales de *La Gaceta Literaria* y la *Revista de Occidente*, e influido directamente por Sorel y Nietzsche, Ramiro Ledesma Ramos, el fundador de *La Conquista del Estado*, intentó apartar a su sector social de procedencia del régimen democrático-parlamentario y vertebrar una alternativa autónoma «nacional-revolucionaria» basada en una acción política fundamentalmente violenta. Las teorizaciones de Ledesma sobre la violencia presentan una confusa amalgama entre la confianza en el talante revolucionario y creador de la masa, la concepción leninista de un partido-vanguardia clandestino organizado de forma militar y un vago radicalismo pequeñoburgués que pronto imbricaría con el antimarxismo, el elitismo y la mística nacional del fascismo. En un principio, Ledesma postuló una línea de *acción directa* muy cercana al sindicalismo revolucionario, tratando de instrumentalizar el potencial subversivo de una CNT que había salido profundamente dividida de la experiencia dictatorial. Sin embargo, la *acción directa*, entendida en la teoría sindicalista como medio de presión de la masa obrera en el plano económico y sin intermediarios políticos y sociales para la erosión y la destrucción del Estado

⁵ Vid. al respecto Antonio RUIZ VILAPLANA, *Doy fe: Un any d'actuació en l'Espanya nacionalista*, Barcelona, 1937, pp. 19-20.

⁶ «Manifiesto del Partido Nacionalista Español», *El Pensamiento Navarro* (Pamplona), 9-I-1937, p. 1.

burgués, no era asumida en esos términos por Ledesma y sus amigos. Este grupo de intelectuales *enragés* elaboró una peculiar interpretación de la «acción directa al servicio de la Patria», identificada con violencia política por motivaciones nacionales y no de lucha de clase. Pero *acción directa* no siempre equivalía en el pensamiento ledesmista a violencia armada, aunque tampoco a coerción económica. Era más bien, siguiendo la tesis de Georges Sorel, una actitud de ruptura política y moral contra el liberalismo, el parlamentarismo, el capitalismo o la democracia, y un medio de que, a través de su práctica, surgieran nuevas minorías rectoras procedentes de la masa que sustituyeran a las minorías tradicionales.

Los ledesmistas preveían la conquista del Estado por parte de un movimiento nacionalista revolucionario de trabajadores expresamente organizado para la violencia insurreccional y, por lo tanto, más cercano a la tendencia republicana jacobina empeñada en la profundización de la revolución democrático-burguesa de 1931 en la dirección de un radicalismo de fuertes tintes autoritarios y nacionalistas. Como otros representantes de esta línea (Ramón Franco, Rexach, Balbontín, Samblancat, etc.), el grupo de *La Conquista del Estado* y luego las JONS se marcaron como objetivo prioritario la captación del sector de las clases populares deseoso de cambios revolucionarios, y trataron de lograr por todos los medios la instrumentalización política de las masas cenetistas desde dentro y fuera del sindicato. Ledesma consideraba a la CNT como «la palanca subversiva más eficaz» para la conquista del poder, canalizando los «valores de rebeldía de la raza» contra el capitalismo y el internacionalismo marxista. La estrategia subversiva que fue tejiendo y destejiendo a lo largo de su vida política consistía en un acoso al régimen republicano por sus dos flancos: a la izquierda, mediante la paulatina «politización» del sindicalismo cenetista en un sentido nacional, rechazando toda veleidad anarquizante; por la derecha, a través de la captación de ciertos sectores de la clase media gracias a una eficaz campaña propagandística que incidiera en dos aspectos movilizados clave.

El primer factor movilizador fue el *inconformismo generacional*. Ledesma había podido constatar directamente el importante papel desempeñado por los estudiantes en el vuelco de la opinión pública hacia la alternativa republicana en los años 30 y 31, y trató de integrar en su proyecto subversivo a ese sector juvenil de la pequeña burguesía protagonista de unos comportamientos políticos y de unas opciones ideológicas crecientemente descontentas con la evolución reformista del experimento político republicano. El grupo de *La Conquista del Estado* y los ulteriores jonsis-

mo y falangismo intentaron capitalizar el inconformismo y el potencial subversivo de la juventud a través de un proyecto político que reformulaba alguno de los mitos movilizados y populares creados y difundidos por la vanguardia literaria de los veinte y treinta: moral transgresora y violenta, mística juvenil e ideal hispánico. Se trataba, en buena lógica sorreliana, de propiciar un rearme moral del español a través de la violencia juvenil y los valores hispanos, es decir, de «lanzar sobre España el culto de la fuerza y el vigor»⁷. En segundo lugar, respecto a ciertos sectores de clase media, la retórica desplegada por Ledesma empleó registros *ultra-nacionalistas* de carácter más conservador. Los ataques al catalanismo (tema movilizador por excelencia de la derecha españolista en el primer año de la República) y al marxismo como tendencias antinacionales susceptibles de una respuesta violenta fueron utilizados como aglutinante del impulso subversivo pequeñoburgués. Según Ledesma, la única solución para arreglar el problema del Estatuto era «entregar el pleito a la decisión suprema de la violencia»⁸, y pidió incluso la «movilización armada contra los caudillos vendidos al extranjero, contra la inercia gobernante, contra las internacionales marxistas que traman la disolución de la Patria»⁹.

Al igual que otras formaciones políticas de extrema derecha, Ledesma había obtenido en enero de 1931 el apoyo económico de destacados monárquicos vizcaínos como Areilza, Careaga, Sangroniz y Lequerica¹⁰. El problema fundamental del grupo de *La Conquista del Estado* era dónde encontrar las «falanges férreas» encargadas de esa labor de «depuración nacional». Pero los contactos de Ledesma con militantes cenetistas en torno a la sangrienta huelga de la Telefónica del 4 al 29 de julio y el Congreso extraordinario del sindicato confederal del 10 al 14 de ese mes fracasaron del mismo modo que sus escarceos con la pequeña burguesía radicalizada representada por Ramón Franco¹¹.

⁷ Ramiro LEDESMA RAMOS, «Nuestras consignas. La movilización armada. La vitalidad nacional», *La Conquista del Estado* (Madrid), n.º 16, 27-VI-1931, p. 1.

⁸ Cit. por Tomás BORRAS, *Ramiro Ledesma Ramos*, Madrid, Editora Nacional, 1971, p. 229.

⁹ *La Conquista del Estado*, n.º 16, 27-VI-1931, p. 1. Una de las primeras acciones violentas del grupo fue precisamente el intento de *boicot* a la llegada de los parlamentarios catalanes a las Cortes Constituyentes en los primeros días de julio, que se saldó con la detención de Ledesma y la suspensión de su revista (Ramiro LEDESMA RAMOS, «¿Fascismo en España?», en *Escritos Políticos*, 1935-1936, Madrid, Trinidad Ledesma Ramos, 1988, pp. 58-62).

¹⁰ José M.ª de AREILZA, *Así los he visto*, Barcelona, Planeta, 1974, p. 90; BORRAS, *Ramiro Ledesma*, p. 317; LEDESMA, «¿Fascismo en España?», en *Escritos políticos...*, p. 85 y Juan ARIAS ANDREU, *Memorias de un triunviro*, Madrid, San Martín, 1976, p. 123.

¹¹ Vid. sobre esta última cuestión la «Carta al comandante Franco. ¡Hay que hacer la revolución!», *La Conquista del Estado*, n.º 9, 9-V-1931, p. 1.

Con pocos días de diferencia, el 9 de agosto, Onésimo Redondo Ortega fundaba en Valladolid las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, haciendo pública una proclama donde exponía su proyecto imperialista español, ruralista, racista y profundamente religioso, basado en primer término en la reconstrucción moral, política y económica de Castilla, y ulteriormente en la forja de un Estado totalitario que interviniera sistemáticamente en una realidad socioeconómica fundamentalmente corporativa. Redondo consideraba imprescindible la intervención de los jóvenes en una actividad política que en su opinión era, antes que nada, una «milicia cívica»¹², puesto que, siguiendo ciertas ideas procedentes del primorriverismo, «sólo la instrucción militar y la disciplina de los jóvenes puede redimir a los pueblos»¹³. Desde el primer momento, su rechazo explícito de la lucha de clases se alternó con los ataques a la democracia, el marxismo, el judaísmo y la masonería, verdaderos enemigos de su proyecto regenerador. Pero la concepción de la acción violenta tenía en Onésimo Redondo un sesgo contrarrevolucionario y defensivo que le diferenciaba de la retórica subversiva del ledesmismo. En su opinión, el poder constituido estaba en la obligación de reprimir la violencia ilícita, pero en ausencia de la ley o de su corolario coercitivo, los ciudadanos podían recurrir a las milicias nacionales para hacer frente a la violencia y coacción provocada por la lucha de clases y la amenaza marxista. Con todo, Redondo prescribía tajantemente a sus lectores «que la violencia no se aplique más que ante el desamparo del Poder y en el mínimo necesario»¹⁴.

¹² *Libertad* (Valladolid), n.º 2, 20-VI-1931, p. 1, y reproducido en n.º 87, 11-VI-1934. Vid. también n.º 30, 4-I-1932, p. 1. Onésimo Redondo aseguraba en esta ocasión que «no salvaremos la nación de la barbarie soviética sin organizar una falange extensa de españoles de todas clases dispuestos a defender con sus personas la vida civilizada de España [...] Hay que formar las *Milicias Civiles* de España [...] Queremos hacer de la Universidad el cuartel civil de las futuras generaciones».

¹³ «¡Milicias, milicias!», *Libertad*, n.º 83, 14-V-1934, p. 1. Sobre la formación de la juventud en los usos castrenses durante la Dictadura, vid. Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA, «La defensa armada del orden social durante la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)», en *España entre dos siglos (1875-1931). Continuidad y Cambio. VII Coloquio de Historia Contemporánea de España, dirigido por Manuel Tuñón de Lara*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1991, pp. 97-98 y Carlos NAVAJAS ZUBELDIA, *Ejército. Estado y Sociedad en España (1923-1930)*. Logroño, Instituto de Estudios Riojanos, 1991, p. 113. Como veremos al final de este trabajo, el adiestramiento premilitar de la juventud fue uno de los últimos cometidos asignados a las milicias de FET tras la posguerra civil.

¹⁴ Onésimo REDONDO ORTEGA, «Hacia una nueva política. Justificación de la violencia», *Libertad*, n.º 28, 21-XII-1931, p. 1.

La unión de los grupos de Madrid y Valladolid para formar las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista (JONS) el 10 de octubre de 1931 obedeció más bien a razones estratégicas y económicas que a afinidades ideológicas, y fue impulsada por sectores del empresariado vasco interesado desde tiempo atrás en el acoso a la República a través grupos violentos de matiz radical. En el Manifiesto Político de las JONS, los llamamientos al espontaneísmo subversivo de las masas dejaban paso a la constitución preferente de «un ejército civil, las Milicias Nacional-Sindicalistas, que de un modo técnico y regular, con entusiasmo y sacrificio, garanticen la victoria de las ideas nacionales»¹⁵. La táctica a seguir por estas milicias íntimamente unidas al aparato político de las Juntas no era la lucha inmediata contra el Estado republicano, sino una primera fase de agitación dirigida a la conquista de la calle con un objetivo: la eliminación de las organizaciones de izquierda, pues «es evidente y claro como el sol que el marxismo es invulnerable a todas las arremetidas menos a una: la violencia fría y sistemática que sobre él se ejerza. Violencia legítima, porque el marxismo es asimismo violencia sobre y contra la sociedad nacional»¹⁶.

Las JONS se organizaron desde un principio como partido-milicia que intentaría, por sí mismo o dirigiendo una alianza de clases cada vez más improbable, un asalto violento contra la República. Los primeros estatutos de las JONS, presentados en la DGS el 30 de noviembre de 1931, dieron la primera ocasión para que se mencionase el proyecto de constitución de una organización paramilitar propia (las «milicias nacional-sindicalistas»), lejana tanto de las «células de combate» postuladas desde *La Conquista del Estado* como de los cuadros civiles o de los «grupos de oposición» que canalizarían la energía violenta de las masas juveniles y sindicalistas. Con todo, la organización en células semi-clandestinas continuó siendo la tónica en la inicial formación paramilitar jonsista, que protagonizó frecuentes altercados con estudiantes izquierdistas en centros culturales y docentes de Valladolid y Madrid. Pero a pesar de estas actuaciones, el propio Ledesma reconoció que durante 1932 la actividad de las JONS fue casi nula por la descoordinación y la desconfianza existentes entre los dos focos principales¹⁷. Los

¹⁵ Manifiesto político de las JONS, *La Conquista del Estado*, n.º 21, 10-X-1931, p. 1, cit. por Francisco GUILLÉN SALAYA, *Anekdótico de las JONS. Historia y anécdota de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista*, San Sebastián, Yugos y Flechas, 1938, p. 42.

¹⁶ Ramiro LEDESMA RAMOS, «Precisiones. El Nacional-Sindicalismo», *La Nación*, 13-I-1933, pp. 1-2.

¹⁷ LEDESMA, «¿Fascismo en España?», en *Escritos políticos...*, p. 71.

intentos de infiltración en la CNT a través de unos «Grupos de Oposición Nacional-Sindicalista» arrojaron un resultado descorazonador. El proselitismo en el campo no ofreció mejor cariz: a pesar de los esfuerzos de Ledesma por impulsar en julio de 1931 la formación de un Bloque Social Campesino que inspirase al pequeño propietario «el sentido de protesta armada, afanes de violencia»¹⁸, y el empeño de Onésimo por transformar su pequeña formación político-sindical en una fuerza de choque antimarxista al servicio de los grandes propietarios, las JONS se encontraban asfixiadas entre los sindicatos campesinos socialistas, la CNT y la socialcatólica CONCA.

Incapaz de darse una base tanto juvenil como sindical —los dos grupos que se habían mostrado más activos en la lucha contra la Dictadura—, el jonsismo hubo de moverse en ámbitos sociales muy restringidos. Tras su colaboración en la «Sanjurjada», el núcleo vallisoletano quedó desarticulado, pero la subida al poder de Hitler en enero de 1933, la aparición del periódico *El Fascio* y unos alborotos protagonizados muy oportunamente por las «Patrullas de asalto» jonsistas en la Facultad de Derecho de la Universidad Central el 10 de marzo popularizaron fugazmente al movimiento, que a fines de junio relanzó la *acción directa* organizando a un centenar de jóvenes en «patrullas» o «comandos de asalto» de cuatro individuos para dar la batalla a la izquierda en las calles¹⁹. Sus «métodos de trabajo» parecían calcados de los empleados por los *squadristi*: administración de ricino con sidol a los oponentes políticos y utilización de una variada panoplia de porras, matracas y rompecabezas²⁰.

La progresiva articulación de una opción política fascista de contornos aún nebulosos impulsó también a Ramiro Ledesma a abordar de forma más pausada los problemas teóricos de la violencia política y las insurrecciones. En un artículo publicado el verano de 1933 en la revista *JONS*, Ledesma incidía en la creciente paramilitarización de la vida política española, reformulando su concepto de *acción directa*: la organización nacional-sindicalista, que en las primeras teorizaciones de *La Conquista del Estado* debía haber canalizado en sentido patriótico los

¹⁸ *La Conquista del Estado*, n.º 4, 13-VI-1931, p. 1.

¹⁹ Stanley G. PAYNE, *Falange. Historia del fascismo español*. Paris, Ruedo Ibérico, 1965, p. 38. Al parecer, la organización y selección de los escuadristas corrió a cargo de Ramón Ruiz Alonso. BORRAS, *Ramiro Ledesma Ramos*, p. 338 habla de cien hombres organizados en dos centurias y en patrullas de a cinco.

²⁰ Felipe XIMÉNEZ DE SANDOVAL, *José Antonio, biografía apasionada*, Madrid, Editora Nacional, 1949, p. 220.

ímpetus revolucionarios y creativos de la masa trabajadora, quedaba ahora relegada al papel de mero comparsa en una insurrección ejecutada por un partido militarizado, que aspiraba a la conquista del Estado y a su transformación en instrumento de dominio totalitario, según premisas estrictas basadas en los modelos bolchevique y fascista:

1. La insurrección ha de ser dirigida y realizada por un partido que cuente con equipos armados que sean capaces de controlar la situación, incluso cuando se adhiera a la acción parte del Ejército.

2. Es imprescindible una educación insurreccional, una formación política que garantice la necesaria disciplina de partido.

3. Los equipos insurreccionales necesitan una movilización frecuente que garanticen su eficacia «para el día y el momento decisivo».

4. El golpe de mano y la sorpresa deben ser los elementos primeros de la insurrección, y uno de los objetivos primordiales será mantener al menos la neutralidad de los resortes coactivos del Estado.

5. Los objetivos de la insurrección deben ser populares, conocidos de la masa nacional y fruto del descontento del pueblo respecto al régimen. El partido debe para ello hacer una intensa campaña de información sobre la masa.

6. El partido insurreccional ha de ser totalitario, es decir, organizado jerárquica y dictatorialmente, destinado a acabar con los demás partidos y fundirse con el Estado para que su actitud de violencia apareciera lícita y moral.»²¹

Falange Española y la «dialéctica de los puños y las pistolas»

La polémica fascismo-antifascismo, candente en España desde inicios de 1933, quedó desdibujada durante cerca de un año por la inexistencia de una formación política potente que reivindicara sin ambages este programa totalitario. Durante ese tiempo, José Antonio Primo de Rivera fue decantando su actuación pública en ese sentido, hasta lograr presentarse como el personaje más adecuado para liderar un movimiento fascista de masas.

Ya desde sus primeros escauceos fascistizantes, Primo de Rivera consideraba la violencia como algo secundario en la defensa de la propia alternativa doctrinal. En su cordial polémica con Juan Ignacio Luca de Tena con motivo de la aparición de *El Fascio*, afirmó que «el fascis-

²¹ «Roberto Lanzas» (seud. de Ramiro LEDESMA RAMOS), «La violencia política y las insurrecciones», *JONS*, n.º 3, VIII-1933, pp. 104-109.

mo no es una táctica —la violencia—. Es una idea: la unidad»²², lo que no era óbice para confiar poco después a su amigo Julián Pemartín que «si no hubiera otro medio que la violencia [para conquistar el poder], ¿qué importaría? [...] La violencia no es censurable sistemáticamente. Lo es cuando se emplea contra la justicia. Pero hasta Santo Tomás, en casos extremos, admitía la revuelta contra el tirano»²³. A diferencia de Ledesma, la lucha callejera no tenía para José Antonio motivaciones sociales o revolucionarias, sino ideológicas y morales. La «dialéctica de los puños y las pistolas» quedaba justificada en defensa de la razón, la justicia y la Patria cuando las vías legales de confrontación se agotaban y la violencia había sido impuesta por el adversario político²⁴.

Las milicias de Falange, aún en estado embrionario, empezaron a ser disciplinadas por el comandante de Infantería Luis Arredondo, con la ayuda del teniente coronel Ricardo Rada y del coronel de Estado Mayor Román Ayza; todos ellos retirados voluntarios del Ejército y destacados conspiradores antirrepublicanos desde primera hora. En noviembre de 1933, el aviador Julio Ruiz de Alda fundó, junto al ex-fueísta y ex-jon-sista Matías Montero y los estudiantes Alejandro Salazar Salvador y Manuel Valdés Larrañaga, el Sindicato Español Universitario (SEU). A fines del curso académico 1933-34, Ruiz de Alda impulsó un proceso de integración de los estudiantes del SEU en las milicias falangistas. El objetivo, confesado abiertamente en la primavera siguiente, era

«... la destrucción de la FUE, a la que tendremos que hacer desaparecer, bien absorbiéndola, dividiéndola o suprimiéndola [...] El sindicato nos dará juventudes entusiastas para nuestra Primera Línea [...] Nuestras juventudes, dentro de la disciplina, disciplina necesaria para que la acción sea eficaz, serán la fuerza más aguerrida y mejor de nuestras milicias. Funcionarán dentro y fuera de la Universidad. Se especializarán en distintas clases de lucha: en movilizaciones civiles, de servicios y en luchas violentas de la calle [...] La calle, dentro de un año, tiene que estar llena de nuestra prensa, de nuestros gritos, de nuestras ideas y de nuestros escritos.»²⁵

²² *ABC* (Madrid), 22-III-1933, p. 6.

²³ «Carta a Julián Pemartín, 2-IV-1933», en *Obras de José Antonio Primo de Rivera*, Edición cronológica a cargo de Agustín del Río Cisneros, Madrid, Delegación Nacional de la sección Femenina/Ed. Almena, 1971, p. 49. Como vemos, el tono de la misiva es muy similar al empleado medio año más tarde en el discurso de la Comedia.

²⁴ «Discurso del teatro de la Comedia», 29-X-1933, en PRIMO DE RIVERA, *Obras...*, pp. 61-69.

²⁵ Julio RUIZ DE ALDA, «Universidad, revolución, imperio», *JONS*, n.º 10, V-1934, p. 3. Consignas similares respecto al proselitismo veraniego de los estudiantes son divulgadas por JAVIER MARTÍNEZ DE BEDOYA, «Cuando termina el curso...», *Libertad*, n.º 84, 21-V-1934, p. 1.

Poco a poco, el SEU se fue abriendo camino, merced a la violencia propia y la benevolencia de las organizaciones estudiantiles de derecha. El ambiente de crispación política que se respiraba en los centros docentes es recordado por el *seuista* David Jato de esta manera: «Al lado del libro, la porra de alambre retorcido, con una cabeza de plomo, o la pistola, eran insustituibles compañeros. Algunos vaciaban un libro viejo, dando la forma de pistola en su interior, y de esta forma resultaba más discreto y seguro el llevar armas y esconderlas en casa, donde la familia, por reacción natural, realizaba una labor complementaria de la policía»²⁶.

Despliegues callejeros de la milicia para proteger la venta de las publicaciones propias; incidentes en las universidades e institutos de Madrid, Zaragoza, Sevilla, Cáceres, Badajoz, Toledo, Murcia, Oviedo, Huelva, Málaga y Granada; asaltos como el de la «Primera Línea» del SEU y los estudiantes carlistas a la sede de la FUE en la Facultad de Medicina de la Central el 25 de enero de 1934²⁷, y la represalia subsiguiente que produjo la muerte de Matías Montero (el «estudiante caído», uno de los organizadores de los primeros *raids* anti-FUE, proto-mártir del falangismo mitificado a la manera de Horst Wessel), se transformaron en moneda corriente en Madrid y otras ciudades. El ambiente en torno al partido de Primo de Rivera se enrareció. Los primeros brotes de indisciplina se produjeron precisamente en el entierro de Montero, y el debate sobre la actitud a adoptar en estos casos se abrió en el seno de Falange con una violencia inusitada. José Antonio representaba la postura más conciliadora, mientras que ex-oficiales como Ruiz de Alda, José Sainz, Arredondo o Rada proponían acentuar las represalias para obtener ventajas políticas y económicas de sus financiadores alfonsinos, que desde el verano de 1933 apoyaban al partido con unas 100.000 pesetas mensuales y esperaban ver resultados inmediatos.

Sin embargo, esta polémica pasó a un segundo plano ante la culminación del proceso de convergencia de los distintos grupos fascistas, forzada precisamente por los grupos financieros y políticos de la extrema derecha monárquica. A pesar de sus recelos por el conservadurismo de Falange, el 13 de febrero de 1934 las JONS aceptaron la fusión como el mal menor y con la secreta esperanza de controlar el nuevo

²⁶ David JATO MIRANDA, *La rebelión de los estudiantes. Apuntes para una historia del alegre SEU*, Madrid, Ed. del autor, 1975, p. 165.

²⁷ Vid. desde el punto de vista republicano, *Heraldo de Madrid*, 25-I-1934, pp. 1-2; 26-I-1934, p. 2; 29-I-1934, p. 15 y 5-II-1934, p. 16; *Luz* (Madrid), 28-I-1934, p. 13. La versión falangista: «Noticiero: Pistolas en la Universidad», *FE* (Madrid), n.º 5, 1-II-1934, p. 4.

partido gracias a su doctrina fascista más madura. La nueva formación política mantuvo la estructura jonsista del triunvirato ejecutivo (constituido por Primo, Ledesma y Ruiz de Alda) y su simbología.

La violencia presidió el alumbramiento de la agrupación: tras el mitin por la fusión celebrado en el Teatro Calderón de Valladolid el 4 de marzo de 1934, considerado por los propios falangistas como «el primer acto fascista puro»²⁸, se produjeron violentas colisiones con la izquierda local que se saldaron con un muerto y varios heridos. La polémica sobre el carácter desestabilizador del fascismo se amplió con la oscura muerte el 27 de marzo de 1934 de Jesús Hernández, simpatizante falangista de 15 años que se encontraba al acecho frente a la Casa del Pueblo de la calle Augusto Figueroa de Madrid. El partido fue acusado de reclutar para acciones peligrosas a niños seducidos por la violencia, y el Gobierno prohibió ese verano la exhibición de todo símbolo político o indumentaria paramilitar, promulgando el 28 de agosto un nuevo decreto donde se vedaba toda militancia política a menores de 16 años y a los menores de 23 sin autorización expresa de los padres o tutores²⁹.

Además de los enfrentamientos en la Universidad y en los Institutos de Bachillerato de Madrid y provincias, las primeras intervenciones callejeras de las milicias falangistas se centraron en la venta provocativa de su prensa con escolta armada —en ocasiones, con participación de Primo de Rivera— y en la celebración de concentraciones con fines propagandísticos, como la efectuada por unos centenares de escuadristas en el aerodromo particular de Estremera (Carabanchel) de 3 de junio de 1934, dentro de una dinámica demostrativa generalizada de la derecha en los prolegómenos de la revolución de octubre³⁰.

Integraban el partido adheridos y militantes. Estos últimos podían acceder a los grupos de acción, llamados retóricamente «Falange de la Sangre» y luego «Primera Línea». Los más veteranos integraban la «Segunda Línea», dedicada a labores de organización, proselitismo y

²⁸ FRANCISCO BRAVO MARTÍNEZ. *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Editora Nacional, 1943, p. 26.

²⁹ El texto de la ley y una pormenorizada relación de hechos violentos protagonizados por menores de edad en *ABC*, 29-VIII-1934, pp. 23-24; *La Nación*, 28-VIII-1934, p. 2 y *El Sol* (Madrid), 29-VIII-1934, p. 4.

³⁰ Entre este tipo de actos merecen destacarse las concentraciones de la JAP en El Escorial (22-IV) y Covadonga (9-IX), los homenajes multitudinarios a Calvo Sotelo tras su retorno del exilio, y la concentración de 600 a 1.000 requetés en el cortijo sevillano de «El Quintillo» el 15-IV, poco antes del nombramiento de Fal Conde como secretario general de la Comunión Tradicionalista.

propaganda, en colaboración con el SEU —que disponía de sus propias escuadras— y la incipiente Sección Femenina. Los jefes nacionales de milicias (Arredondo desde febrero de 1934, Ansaldo desde abril, Rada desde julio hasta la crisis interna de inicios de 1935, y Agustín Aznar desde febrero de 1935 hasta su detención a fines de marzo de 1936) dependían directamente de Triunvirato Ejecutivo Central, y tras el Primer Consejo Nacional celebrado en octubre de 1934, de Primo de Rivera como jefe supremo del partido. La organización de la milicia estaba inspirada a partes iguales en la estructura del Tercio de Africa y en la de los «fasci di combattimento» italianos: dos escuadristas con un jefe formaban un elemento, tres elementos con un jefe y un subjefe formaban una escuadra, tres escuadras (33 hombres) formaban una falange, tres falanges una centuria, tres centurias un tercio, tres tercios una bandera y tres banderas una legión³¹, aunque los tercios y banderas no existieron como tales hasta el gran *take-off* falangista de la guerra civil, y las legiones no fueron jamás unidades operativas.

La violencia como precipitante y superadora de las crisis internas

Los sucesos violentos que FE protagonizó o sufrió durante la primavera y el verano de 1934³² implicaron de hecho un cambio cualitativo de táctica hacia la implantación de una espiral violenta por medios pistoleros que Primo de Rivera se resistía a aceptar. Muy a su pesar, José Antonio se estaba convirtiendo en el «centro político» del movimiento, arbitrando entre los intereses contrapuestos de los jonsistas afincados en los embrionarios sindicatos y los monárquicos que controlaban la «Primera Línea». El foso existente entre la Falange intelectual de José Antonio, la Falange militante de Ruiz de Alda/Ansaldo y la Falange revolucionaria de Ledesma se ensanchaba cada vez más, y con

³¹ XIMÉNEZ DE SANDOVAL, *José Antonio*, p. 203, nota I.

³² Entre ellos, el atentado contra Primo de Rivera el 10 de abril; el acoso a grupos de izquierda en Cuatro Caminos el Primero de Mayo; la provocación a los jóvenes socialistas en la «Playa de Madrid» el 10 de junio, saldada con la muerte del falangista José Cuéllar y la de la socialista Juanita Rico en la represalia subsiguiente; el atentado contra Manuel Grouzard, lugarteniente de Ansaldo, el 1.º de julio; los asaltos al Ateneo de Madrid el 9 de agosto, al local de la Delegación Juvenil pro Thaelmann en el Círculo Federal de la calle Echegaray al día siguiente y a un Ateneo Libertario el día 12, y los asesinatos del líder de la UJCE Joaquín de Grado el 29 de agosto y del ex-director general de Seguridad Manuel Andrés Casaux el 10 de septiembre en represalia por la muerte del falangista donostiarra Manuel Carrión el día anterior.

los primeros reveses serios el partido estalló en una crisis de tendencias, al no pasar, según recuerda Ledesma, «de la escaramuza a la revolución nacional», pero sobre todo al no disponer de un plan de oposición eficaz a la inminente revolución, como exigían sus «padrinos» monárquicos. Por el contrario, se había entregado a una espiral incontrolable de terrorismo provocador sin clara salida política, que precipitó una crisis que se incubaba desde los primeros tiempos del partido.

La persecución policial, iniciada el 10 de julio con la detención de José Antonio y otros líderes falangistas y la clausura de la sede madrileña del partido, acentuó el aislamiento de FE. Pero la ardorosa defensa que hizo José Antonio de sus compañeros elevó su popularidad precisamente en el momento en que Ansaldo intentaba obtener por la fuerza el control del aparato paramilitar. Gracias al apoyo condicionado de Ledesma y a la pasividad de Ruiz de Alda, José Antonio obtuvo una victoria pírrica en su particular «Noche de los Cuchillos Largos», cerrando en falso la crisis con la expulsión de Ansaldo a mediados de julio, pero manteniendo a pesar de todo su petición de ayuda económica a los monárquicos³³.

En esta tesitura, la pervivencia del fascismo español como movimiento organizado se debió muy probablemente a la necesidad que tenían ciertos sectores de la derecha de complementar la «división del trabajo» contrarrevolucionario con la creación de una fuerza de choque antiobrera «que por sus características combativas puede llegar a suplir, frente al poderío y violencia marxistas, las funciones del Estado, hoy vergonzosamente abandonadas por el Estado republicano»³⁴. La crisis de Falange y la inminente revolución enmarcan la firma del nuevo pacto de colaboración entre Primo de Rivera y Goicoechea de 20 de agosto de 1934, donde se ratificaban los «Diez Puntos de El Escorial» suscritos el verano del año anterior, garantizando la continuidad en la financiación monárquica a Falange a cambio de un mayor empeño en el acoso a las fuerzas marxistas³⁵.

³³ Un relato completo pero parcial de la crisis en Juan Antonio ANSALDO BEJARANO, *¿Para qué...? (De Alfonso XIII a Juan III)*, Buenos Aires, Ed. Vasca Ekin, 1951, pp. 79-86. Conviene confrontarlo con LEDESMA, «¿Fascismo en España?», en *Escritos políticos...*, pp. 124-132.

³⁴ José M.^a GIL ROBLES, *No fue posible la paz*, Ariel, Barcelona, 1968, p. 443.

³⁵ El «Pacto de El Escorial» ha sido erróneamente datado en multitud de ocasiones, desvirtuando así un detalle decisivo para sopesar el grado de autonomía político-financiera de FE desde su misma fundación. PAYNE, *Falange...*, p. 53 fecha este acuerdo en verano de 1934; Ian GIBSON (*En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1980, p. 102) en junio de ese año y Pedro SAINZ RODRIGUEZ (*Testimonio y recuerdos*, Barcelona, Planeta, 1978, pp. 220-223) a mediados de noviembre de 1933. La fecha del verano de 1933 ha sido demostrada de forma

Aunque en septiembre de 1934 un agente italiano evaluaba en 6.000 los miembros de las «escuadras de acción» falangistas³⁶, parecía claro que, en plena polarización política previa a la revolución de octubre, el partido fascista español no impresionaba políticamente ni estaba en el camino adecuado para obtener un amplio apoyo social. Primo de Rivera mantuvo su actitud oportunista durante los días de la revolución, ofreciendo de nuevo el 5 de octubre todos sus efectivos al Gobierno y al Ejército como «fuerzas auxiliares», facilitando equipos de obreros para sustituir a los huelguistas y organizando el día 7 una audaz manifestación callejera en pro de la unidad nacional y como muestra de apoyo al «Gobierno de España». Al tiempo, los grupos de choque de FE colaboraron de manera subalterna con las autoridades en la resistencia (Moreda, Oviedo, Cangas de Narcea, Gijón, Santander, Torrelavega, Vilagarcía, León, Bilbao) y la represión.

Desde fines de 1934, Falange trató de recuperar la iniciativa política mediante un poco creíble giro a la izquierda que calmase a los ledesmistas y propiciase una improbable expansión sindicalista a través de la CONS. Los fracasos estratégicos, el declive de la militancia, la falta de recursos financieros y las presiones externas agudizaron el conflicto en el seno del partido. Antes de finalizar el año, pasaron al conservadurismo tradicionalista, ya fuera alfonsino o carlista, el marqués de la Eliseda (protector financiero y segundo representante de FE en el Parlamento) y caracterizados dirigentes de milicias, como Rada, Groizard,

irrebatible por Ismael SAZ, «Falange e Italia. Aspectos poco conocidos del fascismo español», *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià*, n.º 3, 1982, pp. 247-248. A la virtual supervisión del aparato paramilitar (en el punto 5.º del acuerdo se establecía el contacto permanente de un «elemento técnico» —Sainz Rodríguez— con la jefatura falangista para decidir asuntos relacionados con la violencia callejera) y el control financiero (por el punto 4.º, RE aportaba 300.000 pts. para los gastos más urgentes y 10.000 pts. mensuales, ordenando que todo lo que excediera de esa suma se repartiera en un 45% a las milicias, otro 45% a la recién creada Central Obrera Nacional-Sindicalista y el resto al libre albedrío de la organización beneficiaria) se añadieron directrices para que el sindicato falangista ampliase el ámbito de acción de la violencia falangista hacia el ámbito laboral (concesión a Ledesma), e incluso una maniobra fallida para reinstalar a Ansaldo en la jefatura de objetivos de la «Primera Línea». Sobre el pacto con Goicoechea, vid. ANSALDO, *¿Para qué...?*, p. 36; GIL ROBLES, *No fue posible...*, pp. 442-443; PAYNE, *Falange...*, p. 54; GIBSON, *En busca...*, pp. 103-105; SAZ, «Falange e Italia...», pp. 266-267 y «Tres acotaciones a propósito de los orígenes, desarrollo y crisis del fascismo español», *Revista de Estudios Políticos*, nueva época, n.º 50, III-IV-1986, pp. 201-202.

³⁶ Ismael SAZ CAMPOS, *Mussolini contra la II República. Hostilidad, conspiraciones, intervención (1931-1936)*, Valencia, edicions Alfons el Magnànim/Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, 1986, p. 122.

Arredondo y Tarduchy. La defección del ala izquierdista tampoco se hizo esperar. Desde la fusión de FE con las JONS, Ledesma había mostrado su preferencia por el activismo cotidiano centrado en la acción laboral protagonizada por la CONS, aunque sus escritos dejaban traslucir una creciente potenciación del papel del partido en su concepción de la violencia. Tras la crisis suscitada en el seno de las milicias, Ledesma se había pronunciado por la primacía del sector «civil» de Falange, y hecho unas interesantes consideraciones sobre el papel de la milicia dentro de la organización política del movimiento, menos de un mes antes del estallido revolucionario de octubre:

«La idea más sencilla que se ofrece a movimientos de nuestro estilo para resolver problemas como el que planteamos, es la creación de unas milicias. Aceptarla sin más y adoptarla frívolamente de un modo abstracto, lo reputamos de sumo peligro. Habrá que examinar con rigor qué posibilidades de perfección y de desarrollo tendrían en el lugar y momento de España en que aparecen. Habrá que resolver el problema del espíritu que va a presidir el toque a rebato de los milicianos esos, y si su organización y jerarquías son de tal modo perfectas que utilicen todas las disponibilidades valiosas del partido. Habrá que estar pendientes de la actitud oficial de los gobiernos y, en fin, tendrá el Partido que saber a todas horas *hasta qué punto puede descansar solo en sus milicias y jugar a su única carta el acervo de conquistas políticas que vaya efectuando.*»³⁷

Ledesma era partidario del control de los planteamientos subversivos por parte de los sectores político y sindical del partido. Este último aspecto centraría de manera creciente su interés, a través de la CONS, pero Ledesma cayó en los mismos errores que acababa de denunciar, ya que su excesivo protagonismo e independencia al frente de los sindicatos acarrearón su expulsión de Falange a inicios de 1935.

Ledesma definía su concepción de la milicia como rearme de la juventud en pro de la revolución. Debía ser una violencia popular, pero ya no espontánea al estilo anarcosindicalista, sino fuertemente organizada de acuerdo con la estructura y la mentalidad militares, aunque limitando la autonomía de la milicia para evitar que su actividad degenerase en rebeldía contra la dirección política del movimiento. Los problemas tácticos a considerar en este tipo de formaciones armadas serían su equipamiento para la lucha; la estrategia, pactos y auxilios que le

³⁷ Ramiro LEDESMA RAMOS, «Los problemas de la revolución nacional-sindicalista», *JONS*, n.º 11, VIII-1934, pp. 148-149. Subrayado nuestro [EGC].

convenían al movimiento, y los objetivos y conquistas inmediatas o lejanas que pretendía³⁸. Las características sugeridas por Ledesma para la milicia jonsista le acercarían a las del Ejército popular nacionalizado postulado en Italia por Italo Balbo y en Alemania por Ernst Röhm, lo que permitiría acabar con el antimilitarismo subyacente en las capas populares y labrar el destino militar de España a través de una serie de aspiraciones imperialistas.

Gravemente dañada en su equilibrio interno, Falange optó durante el año 1935 por la resistencia y el mantenimiento de los restos de la organización a la espera del fracaso del «bienio imbécil». Para ello, Primo de Rivera trató de desmarcarse de los grupos de derecha y competir con su rival ledesmista mediante la acentuación de la retórica revolucionaria. Centralizó en la Jefatura Nacional todos los poderes del partido, trasladó a militantes de la Primera a la Segunda Línea para intensificar las tareas de propaganda y cubrir las bajas dejadas por la defección jonsista, buscó una fuente alternativa de financiación a través de contactos con los dirigentes nazis y fascistas³⁹, y ordenó el endurecimiento de la actuación paramilitar. La organización armada de FE, debilitada por los recientes acontecimientos, estaba ahora en manos de militantes fieles al Jefe Nacional, aunque —como era frecuente en este tipo de agrupaciones hasta la guerra— los cargos dirigentes y subalternos se solapaban, y la ostentación del cargo oficial del jefe de milicias no suponía necesariamente un control efectivo del conjunto de la organización.

La exaltación violenta de la «revolución nacional» corría paralela a la sublimación del propio aislamiento como «servicio», intransigencia o sacrificio. Entre las acciones violentas más sonadas de la primera mitad de 1935 figuraron la *razzia* contra los almacenes «Sepu» de la Gran Vía —que, aseguraban, eran controlados por el capital judío— el 16 de marzo; el asesinato del líder sindical José García Vara y la subsiguiente represalia falangista en el Paseo de Extremadura (9 de abril); los enfrentamientos provocados por dos «expediciones» falangistas sobre la localidad sevillana de Aznalcóllar los días 29 y 30 de abril; el asalto de

³⁸ Ramiro LEDESMA RAMOS, «Discurso a las juventudes de España», en *¿Fascismo en España?...*, p. 233.

³⁹ Sobre la financiación de Falange por nazis y fascistas, vid. Max GALLO, *Histoire de l'Espagne franquiste*, París, Robert Laffont, 1969, p. 54; Angel VIÑAS, *La Alemania nazi y el 18 de julio. Antecedentes de la intervención alemana en la guerra civil española*, 2.ª ed., Madrid, Alianza, 1977, pp. 152 y 301-302 notas 128-129; John F. COVERDALE, *La intervención fascista en la Guerra Civil Española*, Madrid, Alianza, 1979, p. 67 y Javier JIMÉNEZ CAMPO, *El fascismo en la crisis de la II República*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1979, p. 287.

la «Primera Línea» madrileña al cine de la Flor, donde se proyectaban documentales soviéticos (4 de junio), o el tiroteo con militantes de las MAOC en la calle Carranza de Madrid (11 de junio). Al tiempo, José Antonio intentaba restablecer los contactos con los militares, rotos desde los llamamientos sediciosos de septiembre y noviembre del año anterior, y abrir una franca vía insurreccional sin fecha fija de realización que aglutinase al partido en torno a su liderazgo. En la reunión de la Junta Política en el Parador de Gredos el 16 de junio de 1935, se decidió que FE no actuara como mero comparsa del Ejército. Los diversos planes barajados en esa y ulteriores ocasiones —una especie de «marcha sobre Madrid» desde fuentes de Oñoro (Salamanca) contando con 10.000 fusiles y la dirección de un general (¿Sanjurjo?), y un levantamiento en Toledo con el apoyo de los cadetes del Alcázar, la guarnición local y la Guardia Civil— otorgaban a la milicia falangista un verdadero protagonismo político, al poner a las Fuerzas Armadas y al gobierno cedorradical ante la tesitura de reaccionar en favor o contra un «intento patriótico» consumado⁴⁰. Pero este plan insurreccional autónomo se tornó irrealizable por la debilidad propia y los recelos existentes entre los grupos de derecha y el sector golpista del Ejército, que comenzaba entonces a urdir una conspiración encaminada al triunfo de un golpe estrictamente militar.

Conspiración y guerra civil

En el momento de la disolución de las Cortes el 7 de enero de 1936, Falange se encontraba en la más incómoda de las situaciones políticas. La táctica de un acercamiento a monárquicos y cedistas a través de la idea de un Frente Nacional impulsada tras su Segundo Consejo Nacional (noviembre 1935) fue un fracaso⁴¹, y los escarceos con representantes de las fracciones más heterodoxas de las organizaciones pro-

⁴⁰ Sobre la reunión de Gredos, vid. FRANCISCO BRAVO MARTÍNEZ. «Los románticos tiempos de la Falange. En Gredos, a la sombra del Almanzor, decidió ir a la lucha armada contra el comunismo». *Avance* (San Juan de Puerto Rico), n.º 3, 15-II-1938, pp. 11-13 e *Historia de la Falange...*, p. 163-164; GIBSON, *En busca...*, p. 131; Arnaud IMATZ, *José Antonio y la Falange*, Breteuil-sur-Iton (Francia), Ed. Deguel, 1981, p. 168 y José Antonio PRIMO DE RIVERA, *Escritos y discursos. Obras Completas (1922-1936). Edición cronológica*. Recopilación de Agustín del Río Cisneros, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1976, vol. II, pp. 711-713.

⁴¹ Primo había advertido en *Arriba*, 19-XII-1935, p. 1 que «cualquier proposición que se encamine a asignarnos el papel de guerrilla o tropa ligera de otros partidos más sesudos no será siquiera escuchada».

letarias, como Prieto o Pestaña, tampoco lograron los resultados apetecidos. En el momento de las elecciones, FE disponía de un máximo de 25.000 afiliados, de ellos 3.000 en Madrid y 10.000 afiliados al SEU⁴², que campaban por sus respetos en la Universidad, donde un atribulado profesor socialista confió al doctor Marañón que el 90% de sus alumnos eran fascistas⁴³. El eco era también apreciable en ciertos sectores proletarios marginales de las ciudades y en las zonas campesinas del norte de España. Falange se había logrado introducir también entre la oficialidad joven, a través de una «sección militar» dirigida por Fernando Primo de Rivera que tenía cierta fuerza en las guarniciones africanas y contactos privilegiados con la UME.

La campaña electoral falangista corrió paralela a un incremento de los actos violentos en toda España. El partido logró menos de 30.000 sufragios (el 1,7% del total nacional) y Primo no revalidó el escaño obtenido con la ayuda de los monárquicos en 1933. Pero este fracaso personal quedó subsumido en el fiasco generalizado de la derecha: el eclipse de la «táctica» cedista transformó a Falange de la noche a la mañana en uno de los grandes baluartes defensivos de un conservadurismo español que se iba alejando cada vez más de los métodos de acción democráticos. Al tiempo, la izquierda triunfante agudizó su sentimiento antifascista, mientras que el gabinete Azaña comenzaba a tomar medidas preventivas y represivas contra las formaciones políticas y los militares que conspiraban a la luz del día.

Con la nueva espiral de violencia iniciada inmediatamente después de las elecciones, Falange se fue ganando una justificada fama de intransigencia entre una juventud derechista desencantada con Gil Robles: entre 10 y 15.000 miembros de la JAP se pasaron a FE con armas y bagajes⁴⁴ al tiempo que, previendo tiempos difíciles, José Antonio organizaba al partido para el combate clandestino. En el trimestre previo al golpe militar, Falange sufrió 40 muertos y más de un centenar de heridos, pero había infligido una cifra similar si no mayor de víctimas a

⁴² PAYNE, *Falange...*, p. 68. IMATZ, *José Antonio...*, p. 181, calcula la militancia por esas fechas en 12-15.000 afiliados; José Luis Arrese los reduce a 8.000 socios con carnet (PAYNE, *Falange...*, p. 225 nota 230) y Raimundo Fernández Cuesta los sitúa en 5.000 sin contar con los estudiantes universitarios y de segunda enseñanza (GIL ROBLES, *No fue posible...*, p. 444 nota 60).

⁴³ Cit. por IMATZ, *José Antonio...*, p. 182.

⁴⁴ Entrevista de Primo de Rivera con Ramón Blardony en la cárcel de Alicante, cit. en Agustín del Río CISNEROS y Enrique PAVÓN PEREYRA, *Últimos hallazgos de escritos y cartas de José Antonio*, Madrid, Artes Gráficas Ibarra, 1962, pp. 127 ss. Esta defección masiva es también reconocida por GIL ROBLES, *No fue posible...*, pp. 573-574.

sus rivales políticos. La clandestinidad aceleró también un proceso conspirativo que arrancaba del mediados del año anterior. Primo de Rivera había mantenido contactos con Mola el 8 de marzo de 1936 y con Franco el 12. Desde la Cárcel Modelo, el líder falangista ordenó el 20 de ese mes a los mandos provinciales y locales que procedieran a la reorganización clandestina del partido por el sistema celular, la sustitución de los jefes presos, la reorganización de la «Primera Línea» con la incorporación del SEU, la revisión de los elementos de movilización y encuadramiento y el paso a la ofensiva con la obtención de armas y medios de transporte⁴⁵. En otra carta a los militantes fechada al día siguiente se les encarecía no perder el contacto con sus jefes y camaradas presos en expectativa de un levantamiento inminente. La situación resultaba tan insostenible que el gobierno Casares Quiroga, situado voluntariamente como «beligerante contra el fascismo», presentó a mediados de junio un tardío proyecto de ley contra el terrorismo⁴⁶.

A fines de marzo, el papel de Falange en el movimiento militar estaba definido en sus líneas generales, y los delegados del Jefe Nacional (Mateo, Alvargonzález, Rodríguez Gimeno, Garcerán, Hedilla) recorrían la península transmitiendo las primeras instrucciones. Pero el debate interno sobre la participación en la insurrección no había hecho sino comenzar. La decepcionante experiencia de 1934 no debía repetirse, y FE exigió desde sus primeros contactos con los conspiradores, una mayor presencia política y la garantía de que la intervención militar no eclipsaría a la Falange en favor del puro y simple reaccionarismo. Trasladado a Alicante, José Antonio envió el 24 de junio una nueva circular a los jefes territoriales y provinciales para que no se dejasen embaucar por cualquier tipo de agentes conspirativos que considerasen a FE como un simple elemento auxiliar. Toda invitación de esa índole debía ser notificada al Jefe Nacional, temeroso de verse rebasado o incluso usurpado por jerarcas locales más moldeables a los dictados de Mola y sus adláteres⁴⁷. Sin embargo, una nueva circular fechada cinco días

⁴⁵ José Antonio PRIMO DE RIVERA, «Circular reservada a los jefes (20-III-1936)», en Agustín del RÍO CISNEROS y Enrique PAVÓN PEREYRA, *José Antonio íntimo. Textos biográficos y epistolario*, Madrid, Eds. del Movimiento, 1968, p. 502. Vid. también IMATZ, *José Antonio...*, p. 194 y ANTONIO GIBELLO, *José Antonio. Apuntes para una biografía polémica*, Madrid, Ed. Doncel, 1974, p. 320.

⁴⁶ «La declaración antifascista de Casares» en *Diario de Sesiones de las Cortes de la República*, 19-V-1936, p. 693. «El proyecto de ley antiterrorista» en *ABC*, 24-VI-1936, pp. 31-32.

⁴⁷ José Antonio PRIMO DE RIVERA, «A todas las jefaturas territoriales y provinciales. Urgente e importantísimo» (24-VI-1936), en *Obras...*, pp. 941-946.

después revela que Falange y los militares habían llegado por fin a un acuerdo, tras una reunión de la Junta Política presidida accidentalmente por Ruiz de Alda en la Cárcel Modelo y la comunicación de la decisión favorable a Primo de Rivera.

Falange, que había comprometido todas sus fuerzas disponibles en la conspiración, permaneció durante unos días en tensa espera. La evaluación de sus fuerzas en la víspera del golpe militar resulta tarea casi imposible, dada la situación de desorden y clandestinidad en que vivía la organización. Los testimonios son muy contradictorios: el 27 de mayo Rafael Garcerán, ex-pasante de José Antonio y delegado suyo en las negociaciones con los militares, aseguró a un incrédulo Mola que Falange disponía de 4.000 hombres rápidamente movilizables como vanguardia de choque⁴⁸, mientras que José Andino, jefe provincial de Navarra, ofreció posteriormente al «Director» una fuerza de 6.000 falangistas movilizables en cuatro horas⁴⁹. A mediados de julio, las milicias falangistas recibieron la orden de concentrarse en determinados puntos⁵⁰, mientras que la impaciencia que gana a toda la organización decide a José Antonio a presentar al siempre dubitativo Mola un *ultimátum* el día 14: «Si en 72 horas la rebelión no se desencadena, la Falange comenzará por su propia cuenta en Alicante». Precisamente el 17, el Jefe Nacional enviaba a sus leales un postrer manifiesto que no pudo ser distribuido a tiempo.

Una nueva etapa, ciertamente la más difícil, se abría ante Falange. Al fracasar el golpe militar y comenzar la guerra civil, cambiaron los supuestos de su relación con los otros partidos de la derecha y sobre todo con el Ejército. Debilitada por la clandestinidad, Falange necesitó algún tiempo para adaptar la táctica, organización y objetivos de sus milicias a

⁴⁸ B. Félix MAIZ, *Mola, aquel hombre (Diario de la conspiración 1936)*, Barcelona, Ed. Planeta, 1976, pp. 61-62.

⁴⁹ Cit. por PAYNE, 1965: 96, quien considera esta cifra enormemente exagerada, al igual que Guillermo CABANELLAS, *La guerra de los mil días. Nacimiento, vida y muerte de la II República Española*, Buenos Aires, Ed. Grijalbo, 1973, vol. I, p. 350 nota 71. Otras cifras aportadas son 3.000 milicianos a inicios de julio, según testimonio de Augusto Barrado (cit. por Maximiano GARCÍA VENERO, *Falange en la Guerra de España. La Unificación y Hedilla*, Burdeos, Ruedo Ibérico, 1967, p. 137); 8.000 falangistas según un autor francés que no cita la fuente (Christian RUDEL, *La Phalange. Histoire du fascisme en Espagne*, Paris, Édition Spéciale, 1972, p. 145) y 10.400 según un cálculo de Rafael CASAS DE LA VEGA, *Las milicias nacionales*, Madrid, Editora Nacional, 1977, vol. I, p. 294. En nuestra opinión, la cifra más plausible es la aportada por Garcerán.

⁵⁰ En Gredos, Pamplona y Valencia según testimonio de Antonio Rodríguez Jimeno cit. por GARCÍA VENERO, *Falange...*, p. 12. Según CASAS DE LA VEGA, *Las milicias nacionales...*, vol. I, p. 135, los falangistas de Sevilla, Palencia y Valladolid comenzaron a agruparse desde mediados de julio.

la nueva situación. Se constituyeron grupos armados más potentes, pero con menor autonomía política, no adscritos a la estricta obediencia del partido y privados del objetivo supremo de la conquista del Estado. En octubre de 1936 los efectivos de las milicias falangistas sumaban 36.809 hombres, lo que suponía el 56% del total de voluntarios encuadrados en las diversas organizaciones paramilitares de los partidos de derecha⁵¹. La organización armada de Falange, estructurada ahora en Centurias y Banderas⁵², aumentó de forma espectacular. Una de las primeras preocupaciones de FE al inicio de la guerra fue la movilización de voluntarios para el combate, mediante el reclutamiento, entrenamiento, organización de unidades e intendencia. Según los datos disponibles, los factores estrictos de clase no fueron especialmente determinantes en la opción por tal o cual milicia armada. Más bien influyó la cultura política y la situación militar y social imperantes en cada región en el momento de la sublevación. En zonas como Castilla la Vieja y Galicia, el reclutamiento para el Ejército regular fue particularmente intenso, entorpeciendo notablemente la labor proselitista de Falange. El caso opuesto sucedía en Aragón, donde las unidades militares eran particularmente débiles y las fuerzas paramilitares hubieron de desarrollarse en mayor escala para cubrir un frente de amplias dimensiones. En Navarra el desequilibrio en el reclutamiento de las milicias se explica por la la omnipresencia del carlismo, de suerte que 2/3 del voluntariado ingresó en el Requeté y 1/3 en las milicias de Falange, éstos últimos procedentes antes de núcleos urbanos que de zonas rurales. En muchas zonas, el enrolamiento en las Banderas de FE, aparte de suponer una opción política deliberada para las clases medias rural y urbana no manifiestamente hostiles al proceso modernizador, significaba para muchos antiguos izquierdistas un auténtico «seguro de vida» de cara a las inevitables represalias de retaguardia⁵³. Con la incorporación de estos «ca-

⁵¹ Rafael CASAS DE LA VEGA, *Las milicias nacionales en la Guerra de España*, Madrid, Editora Nacional, 1974, pp. 39-40, 132, 153, 170 y 186, y 1977, I, 191-195. Confrontando documentación procedente del Servicio Histórico Militar, Sheelagh ELLWOOD, *Prietos las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Barcelona, Ed. Crítica/Grijalbo, 1984, pp. 73-74 llega a cifras ligeramente divergentes: 35.549 voluntarios falangistas, lo que suponía un 54% del total de milicias y un 19% del total de tropas.

⁵² Vid. como ejemplo FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J.O.N.S., *Reglamento de Primera Línea* (Burgos, 4-IX-1936), Cádiz, Establecimientos Cerón, 1936.

⁵³ Vid. al respecto Eduardo GONZALEZ CALLEJA, *Milicias fascistas y violencia política en la Segunda República Española. Memoria de Licenciatura inédita*, Madrid, Universidad Complutense, 1985, pp. 970-976. En Asturias, el 20% de los efectivos de centurias eran auténticos falangistas, el 60% eran elementos conservadores y el 20% restante antiguos izquierdistas (PAYNE, *Falange...*, p. 120).

misas nuevas», las milicias falangistas fueron adquiriendo una fama de escasa eficacia y fiabilidad, al alistarse además en ellas elementos que querían eludir la rigurosa disciplina militar o quedar integradas por combatientes rechazados de las unidades regulares.

A pesar de haber quedado diezmada en sus líderes políticos y milicianos, la nueva jerarquía de Falange manifestó enseguida su afán por obtener un papel más importante y autónomo para sus unidades de combate. Aspiración recortada abruptamente cuando Mola prohibió el 25 de septiembre de 1936 la creación de nuevas unidades⁵⁴. Desde su nombramiento como Generalísimo, Franco utilizó las Banderas de Falange como elemento auxiliar de las fuerzas regulares, y a golpe de decreto fue militarizándolas gradualmente hasta colocarlas a fines de 1936 bajo el control operativo y jurídico y el mando directo castrense, aunque prefirió que los oficiales destinados a las unidades de FE fueran afiliados o simpatizantes del partido⁵⁵. A pesar de esta estrecha fiscalización, las milicias carlistas y falangistas pudieron disponer de sus propias Academias de formación de oficiales —las de FE estaban situadas en La Jarilla (Sevilla) y Pedro Llen (Salamanca), esta última escogida a buen seguro por su proximidad a los centros de poder del Partido y del Estado—, que fueron el precedente y modelo de las Academias de Alféreces Provisionales⁵⁶.

La militarización de las milicias y la autodisolución de algunas formaciones partidistas como Renovación Española y el PNE fueron el prólogo necesario de la unificación del resto de las fuerzas políticas. El declive de la milicia falangista como fuerza armada con cierta autonomía coincidió con una profunda crisis de liderazgo en el seno del partido que se zanjó abruptamente con la asunción por Franco de la Jefatura Nacional de Falange Española Tradicionalista y de las JONS y la inmediata caída en desgracia del presidente de la Junta de Mando Provisional Manuel Hedilla⁵⁷. El decreto de unificación dejaba meridianamente

⁵⁴ CASAS DE LA VEGA, *Las Milicias Nacionales*, vol. I, pp. 303 ss.

⁵⁵ El decreto asimilando las milicias a las tropas regulares y colocándolas bajo disciplina castrense en Boletín Oficial del Estado (Burgos), n.º 64, 22-XII-1936, p. 4. La necesidad de ser dirigidas y encuadradas por mandos militares había sido ya manifestada por la Junta de Mando Provisional el 20-IX-1936 (IMATZ, *José Antonio...*, p. 407).

⁵⁶ La academia de Pedro Llen fue clausurada en mayo de 1937, después de que parte de sus miembros participasen en los «Sucesos de Salamanca». Sobre las academias de milicias de FE, vid. José M.ª GÁRATE CÓRDOBA, *Alféreces provisionales. La improvisación de oficiales en la guerra del 36*, Madrid, Ed. San Martín, 1976, pp. 82-113.

⁵⁷ Sobre la unificación y sus repercusiones para la milicia falangista, vid. Angel ALCAZAR DE VELASCO, *Serrano Suñer en la Falange*, Barcelona, Ed. Patria, 1941, pp. 55-56; *Los siete días de Salamanca. Memorias de la Guerra de España, 1936-1939*, Madrid, G. del Toro, edi-

claro que «la Milicia Nacional es auxiliar del Ejército» y que el Jefe del Estado era el Jefe supremo de ambas entidades, pero un general del Ejército actuaría como Jefe directo de la Milicia y contaría con dos subjefes militares procedentes de Requeté y Falange y dos asesores políticos del mando con similar adscripción política⁵⁸. Los nuevos Estatutos de FET de las JONS, promulgados el 4 de agosto de 1937, señalaban que las milicias «representan el espíritu ardiente» del partido y eran «el Movimiento mismo, en actitud heroica de subordinación militar» (art. 27). Pero, dejando a un lado la retórica, se recordaba (art. 28) que «el mando supremo de las Milicias lo encarna el Caudillo, quien delegará sus prerrogativas en un Jefe directo y responsable», y que la distribución y ordenación jerárquica de las Milicias serían objeto de un Reglamento especial⁵⁹.

Epílogo: la desactivación de la Milicia falangista

Virtualmente estancadas en su reclutamiento desde octubre de 1936 hasta abril de 1937, las milicias casi doblaron el número de sus combatientes al finalizar la guerra civil. En concreto, las Banderas de FE encuadraban a 72.608 hombres, lo que representaba el 75% del total de milicias nacionales⁶⁰. Pero esta última incorporación masiva de voluntarios no supuso un cambio sustancial en el *status* político-castrense de la milicia falangista. Los excombatientes no acabaron asimilándose al Ejército como en la Italia fascista o fiscalizando toda actividad social a través de cometidos parapoliciales, como en la Alemania nazi. Las Fuerzas Armadas continuaron siendo por largo tiempo el puntal del régimen franquista, con lo que la milicia falangista fue pasando lentamente a un segundo plano, y de ahí al olvido más absoluto. Por de

tor, 1976, pp. 91-105 y 123-282 y *La gran fuga*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 16-28; Vicente CADENAS VICENT, *Actas del último Consejo Nacional de Falange Española de las JONS*, Madrid, 1975, pp. 66-156; Maximiano GARCÍA VENERO, *Historia de la Unificación (Falange y Requeté en 1937)*, Madrid, Distribuciones Madrileñas Agesa, 1970 y *Falange en la guerra...*, pp. 443-494, Sancho DÁVILA, *José Antonio. Salamanca y otras cosas*, Madrid, Afrodisio Aguado, 1967: 125-133; ELLWOOD, *Prietas las filas...*, pp. 98-105 y José Luis RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, *Falange y la concentración de poder en «zona nacional»*, *Memoria de licenciatura inédita*, Madrid, Universidad Complutense, 1986.

⁵⁸ Decreto n.º 255 de 19-IV-1937. BOE n.º 182, 20-IV-1937, p. 1034.

⁵⁹ BOE, n.º 291, 7-VIII-1937, p. 2740.

⁶⁰ CASAS DE LA VEGA, *Las Milicias Nacionales*, vol. I, pp. 191-195.

pronto, una orden de 14 de septiembre de 1939 obligó a dar de baja en las Milicias y a pasar al Ejército a los reemplazos de 1937 a 1941, lo que suponía la virtual disolución de la mayoría de las Banderas de Falange y los Tercios de Requeté⁶¹.

Nombrado Secretario General del Movimiento y Jefe directo de la Milicia de FET el 9 de agosto de 1939, el general Muñoz Grandes quedó encargado de la progresiva desactivación de los restos de estas unidades combatientes. Los veteranos fueron agrupados en la Organización Nacional de Excombatientes, dirigida por José Antonio Girón desde el 21 de agosto de 1939. Menos de un año después, cuando el militar alfonsino Valentín Galarza, enemigo declarado de Falange, ostentaba su mando directo⁶², las Milicias fueron reorganizadas en cuatro secciones: fuerzas permanentes encargadas del orden interno del Movimiento, la instrucción premilitar de la juventud y el encuadramiento de los efectivos de primera línea; milicia premilitar de los jóvenes afiliados desde los 18 años hasta la edad de ingreso en el Ejército; milicia de primera línea de los afiliados que ya habían cumplido su servicio militar hasta la edad en que la Ley de Reclutamiento señalase el término del servicio militar, y milicia de segunda línea, formada por veteranos fuera de edad militar y hasta los 55 años, todas ellas férreamente controladas por oficiales del Ejército⁶³.

Durante la Guerra Mundial, las Milicias de Falange se fueron transformando en un simple club de veteranos y en un instituto de formación premilitar cercano al SEU y al Frente de Juventudes⁶⁴. Aunque con los primeros reveses del Eje los representantes del sector más intransigente de Falange trataron en vano de organizar en Madrid, con el apoyo de la Delegación Provincial de Excombatientes, unas «banderas

⁶¹ Orden de 14-IX-1939, BOE, n.º 259, 16-IX-1939, p. 5155.

⁶² Decreto de 15-III-1940, *Boletín Oficial del Movimiento de FET y de las JONS*, n.º 85, 1-IV-1940, p. 882. El 31-V-1941, Galarza fue sustituido por el general José Moscardó Ituarte (*ibid.*, n.º 116, 15-VI-1941, pp. 1193-1194).

⁶³ Ley de 2-VII-1940 por la que se reorganizan las milicias de FET y de las JONS, BOE, n.º 190, 8-VII-1940, pp. 4705-4707 y *Boletín Oficial del Movimiento de FET y de las JONS*, n.º 94, 15-VII-1940, pp. 974-976.

⁶⁴ Por el art. 23 de la Ley constitutiva del Frente de Juventudes, correspondía a la Milicia de FET las tareas de instrucción premilitar de los jóvenes falangistas (*Boletín Oficial del Movimiento de FET y de las JONS*, n.º 103, 7-XII-1940, pp. 1056-1058). El 22-II-1941 se emitió un decreto de organización de la Milicia Universitaria dependiente de la Jefatura de la Milicia Nacional según la ley de 2-VII-1940 (*ibid.*, n.º 109, 6-III-1941, p. 1116), que quedaba encargada del mantenimiento del orden en los recintos docentes (decreto de 4-X-1942, *ibid.*, n.º 161, 20-X-1942, p. 1741).

de choque» encargadas de perseguir a los enemigos del régimen⁶⁵, el giro que tomaba la guerra aconsejaba reducir al mínimo las señas de identidad fascista del Estado. Fue José Luis de Arrese quien, fiel a los deseos expresados por Franco, ordenó la disolución definitiva de las Milicias por decreto de 27 de julio de 1944.

⁶⁵ Circular n.º 22 de la Jefatura Provincial de FET y de las JONS de Madrid, 29-X-1943, *Archivo Natalio Rivas* (Real Academia de la Historia), leg. 11/8923.